

¿Debería la Iglesia, en cuanto Institución, asumir la postura partidaria de la opción política más evangélica? Y si se constata que la Iglesia jugó, abierta y públicamente, su papel justificador de los poderes dominantes ¿no tendría obligación de rectificar, también públicamente, con declaraciones y posiciones de otro signo? Es difícil que haga esto. Pero lo grave es que se prohíba prácticamente que los cristianos tomen cauces revolucionarios en su compromiso. Por de pronto, al menos, es indispensable conseguir espacios proféticos preconizados por Sacerdotes y Cristianos con vocación más de vanguardia.

Conciencia cristiana y situaciones

extremas

en el

campo

social

GONZALO BERZOSA, S. J.

Partamos de un grupo de cristianos que se inquieta o se deja inquietar con algo objetivo: una sociedad que encierra hombres enmarcados en estructuras injustas, los que tienen y no dejan tener y los otros. Este grupo, cada vez más sensible, avanza en conciencia crítica. No se preocupa por pequeños procesos de relación yo-tú, yo-mi pequeña estructura; sino que amplía el campo hacia el yo-pueblo, yomasa oprimida, nosotros-estructura injusta. Con este paso decisivo comienza a caminar una praxis de liberación.

El cambio no es ya sólo de criterios, sino de vivencias, porque se entiende la opción por los pobres no como un cambio de ideologías sino como un cambio de clase.

Surge —amarga pero sincera— una denuncia de la situación social actual. Denuncia basada en un estudio de la sociedad y en un sentir en carne propia la injusticia. Se busca un cambio, se intuye, se anuncia. Fuerte dialéctica de dos polos: "denuncia" del hoy vivido y "anuncio" del mañana esperanzador. El grupo así dinamizado es fiel al "anuncio" comprometiéndose en una opción de superación y cambio.

Las dos partes quedan definidas y enfrentadas. Unos para mantener el sistema social como está, porque es el suyo y lo tienen en sus manos y les va muy bien y perderlo es perder su clase. Los otros para protestar contra el sistema, que no les deja ser, ni participar, ni construir su historia convirtiéndoles en una clase dependiente, oprimida, sin palabra. Es una clase contra otra. Una lucha de clases.

Surge la crisis entre la conciencia cristiana y el compromiso por una clase oprimida cuando el lenguaje absolutizado y universalizante de la primera frena y bloquea las opciones más radicales. No es difícil imaginar la ruptura si se continúa en una "reflexión crítica de la praxis" pues el primer momento es la praxis y la reflexión sobre ella desde una conciencia cristiana se presenta como poco operacional.

Ya no sirve y poco a poco, en su olvido, arrastra la fe que quedó huérfana. De aquél punto de partida doble —conciencia cristiana y situación extrema en el campo social— sólo queda el compromiso por una liberación.

La pregunta puede ser simplista, pero interroga: ¿por qué no se pierde la fe cuando se mantiene y se camina por lo institucionalizado —la derecha—; y por qué se pierde cuando se cuestiona radicalmente la sociedad que tenemos y se opta por el cambio hacia lo nuevo —la izquierda—?

Es una sospecha que convendría aclarar.

El sospechómetro

Este aparato nace de una praxis en lucha por un cambio de la sociedad. Lo encontramos en todos los grupos llamados "revolucionarios". A nosotros nos conviene ahora usarlo un poco y seguir sospechando. Es arduo pero maduro. Quizás sea el mejor ejercicio para acercarnos a una conciencia crítica que suponga un permanente análisis de lenguaje, contenidos, interpretaciones y realizaciones. Hemos funcionado durante mucho tiempo con una conciencia ingenua sin darnos cuenta de las magníficas cualidades recuperativas que tiene nuestra sociedad que sabe recibir los golpes de una protesta y el esbozo intuitivo de lo nuevo para asimilarlo rápidamente. De esta manera consigue que las intuiciones se desvirtúen y las realizaciones pierdan color.

Es necesario usar el sospechómetro cuando la sociedad integra pacíficamente en su seno algo que nació problematizándola.

Es necesario usar el sospechómetro cuando fuertes organizaciones estructuradas en la sociedad defienden una educación liberadora como la entiende Paulo Freire, o cuando critican como "violenta" una teología de la liberación, o cuando elo-

gían la acción de Iglesia en pequeñas comunidades de base, reafirmando en todo momento en su tesis de apoliticidad.

Es necesario usar el sospechómetro cuando el compromiso se reduce a formulaciones globales sin contenido socio-político.

Uno de los bloqueos fuertes de nuestra conciencia cristiana consiste en seguir leyendo los contextos socio-políticos con luces y diccionarios universales. La conciencia cristiana —por su formación— está siempre dispuesta a traducir las realidades concretas a contextos globales que nos alejan de la realidad. Caemos, por ejemplo, en el error de aislar los temas provocativos y problematizadores —violencia, revolución, lucha de clases, etc.— de su contexto histórico. Esta fuerte tentación lleva a esterilizar —bloquear— las energías de una praxis comprometida. Es necesario entrar en el discipulado del pobre que acumula las contradicciones de una sociedad —muchas veces sin saberlo— para comprender nuestra equivocación y alfabetizarnos juntos en la lucha de su realidad que encierra y supone un análisis de coyuntura histórica.

Ubicados en ese contexto situacional amplio no tiene sentido perderse en micro-procesos y micro-experiencias bloqueadas.

En el proceso de liberación latinoamericana el compromiso de muchos cristianos está abocado a un cambio de estructuras. Es el hecho mayor de la Iglesia latinoamericana. Ya no se trata de poner parches con un mero desarrollismo modernizante, importador de bienestar para ciertas clases sociales, que mantiene el desequilibrio social. El compromiso social es motivo de la Doctrina Social de la Iglesia, o de las ideologías inofensivas que se refieren a una "visión integral" del hombre y a una "liberación total", han pasado a convertirse en la racionalidad propia de una opción política.

Esto ocurre cuando el pobre, el que está fuera del sistema, ese prójimo más cercano, aparece en un análisis social como "oprimido en unas y por unas estructuras". Se cambia la tradicional imagen grabada en la conciencia cristiana del pobre individual que interfiere en micro-procesos tranquilizadores de caridad y amor universal, por la del oprimido en unas estructuras como clase social.

Desde este momento la opción no es por un individuo sino por una clase oprimida.

En este contexto la dimensión de lo político cobra sentido como algo englobante de la actividad humana, supuesto básico que nos coloca entre los opresores o los oprimidos.

lítico, que mantienen —a veces de manera inconsciente— la fidelidad al sistema matando los brotes de una imaginación creadora. Las declaraciones verbales son inofensivas y la Iglesia siempre ha tenido compradores de su silencio.

Aprender a leer la realidad

Las personas que no logran salir de una visión estrecha de pelea interna familiar, intra-ecléscial, grupal, etc., que son tremendamente reaccionarias en términos socio-políticos.

La lectura correcta de la realidad también nos aleja de otro bloqueo muy común en círculos revolucionarios cristianos que "confunden al enemigo" empleando su energía —y su amargura— contra personas concretas o conceptos de autoridad y distrae de la "situación extrema" que caracteriza hoy día la vivencia de la fe en el contexto de una efectiva praxis de liberación.

El cristiano comprometido en Latinoamérica debe hoy reflexionar sobre su fe con categorías de análisis de la realidad donde la relación de dominación del mundo desarrollado hacia el tercer mundo no puede estar ausente, así como sus mecanismos de opresión. Este análisis asume realísticamente la conflictividad evidente de la historia concreta con lo que se niega las ideologías aglutinantes y suavizadoras,

Lo político

—Pero incluso en este crítico momento de opción por la clase social oprimida hay un bloqueo de la conciencia cristiana que con facilidad aleja del mundo de la estructura que hay que destruir para configurar esquemas tranquilizadores que piden un primer cambio de la estructura interior, egoísta y mezquina, del hombre, para después cambiar las estructuras sociales.

Este bloqueo que paraliza y apoliticiza dominó durante mucho tiempo la conciencia oficial cristiana con el visto bueno de las clases dominantes que veían la aprobación y la mejor manera de mantener las estructuras externas.

Hoy ya no es válido continuar con la ilusión de querer cambiar sólo las conciencias para después transformar el mundo. Es demasiado ingenuo y lo demuestra una praxis de liberación insertada en la historia donde conciencia y mundo se implican y determinan mutuamente. El desconectarse del mundo para liberar una situación de pecado interior ahistoriza la conciencia cristiana que debe realizarse en una sociedad concreta que mantiene una estructura de opresión donde el denominador común es la situación de dependencia.

La conciencia cristiana que reflexiona sobre la realidad social sabe que la opción radical es el pecado. Pero este pecado

El sospechómetro tiene que despertar nuestra conciencia ingenua con el fuerte riesgo de seguir engrosando las filas de los huérfanos en la fe que desbloquean los frenos de su autobiografía cristiana.

los lenguajes universales de la predicación cristiana que concilian los opuestos y mantienen una ideología burguesa. Todo esto lleva a negar una tendencia muy conatural del cristianismo sociológico hacia la búsqueda de terceras vías —revoluciones óptimas y supremas— que alejan y disminuyen las opciones decisivas y radicales frente a la realidad que encierra una disyuntiva: o se está con los oprimidos o del lado del opresor.

Es necesario usar el sospechómetro ante lenguajes de denuncia social que cumplen una función recuperativa en el sistema capitalista. Podemos hacer notar, por ejemplo, que para muchos cristianos el lenguaje de la Doctrina Social de la Iglesia demostró ya su insuficiencia real operativa.

Esta opción de aprender a leer la realidad con categorías de análisis de metodología científica está relativizada por la praxis y constituye el primer nivel que ha asumido la teología latinoamericana.

se mediatiza en situaciones económicas y políticas y sociales y culturales y psicológicas y religiosas. Sabe también que toda acción tendiente a quitar cualquiera de estas opresiones humanas lleva a Cristo, porque Cristo es el Señor de la Historia. Toda lucha por disminuir la opresión del hombre lleva a una humanidad más justa donde el valor del hombre es SERMAS y el modelo antropológico, Cristo: hombre-libre-al-servicio-de-los-demás. De esta manera esa humanidad es humanidad en Cristo.

Por lo tanto, la liberación —salvación— de esta situación de pecado —opresión— en nuestra sociedad, es Cristo; y la aceptación de Cristo, por consiguiente, conlleva la desopresión económica y política y social y cultural y psicológica y religiosa. Desopresión que encierra una lucha contra la dependencia y se encarna en un hecho: la división de la sociedad en clases irreductiblemente antagónicas en sus intereses económicos, sociales, políticos y por lo tanto culturales. Es decir, división entre los que deciden y los que ejecutan, entre opresores y oprimidos.

Ante esta situación extrema de pecado —opresión, dependencia— la conciencia cristiana se siente profundamente bloqueada para reconocer la radicalidad de una división de la sociedad en clases, por-

que esto implicaría una condena de su injusticia y por consiguiente un compromiso para eliminarla. Es mucho más fácil buscar terceras vías que aglutinen, unan lo irreductible y planifiquen intereses convergentes. Este tercerismo unificador convierte al cristiano en vocero y defensor de los oprimidos ante los opresores en la búsqueda de soluciones socio-económicas, olvidando que los segundos impiden sutilmente todo cambio profundo de la situación que ellos usufructúan y dominan. Este tercerismo unificador lleva también a la conciencia cristiana a valorar como solución de cambio el proceso educativo tra-

dicional que, al depender de un poder político, aísla la problematización, manteniendo una asimilación continua al sistema.

Estos bloqueos alejan la postura de radicalidad que se presenta ante el encuentro del pobre-como-oprimido-en-una-clase-social; es decir, el compromiso político como único instrumento eficaz para acabar con el común denominador de dependencia en esta situación de pecado.

Este optar por lo político es optar por una clase social explotada, por una manera de ver la sociedad, por una lucha de clases; teniendo claro que la apoliticidad y la neutralidad es la opción por la otra clase

social explotadora, por la otra manera de ver la sociedad, por una continuidad del sistema.

No se puede negar que el superar la mera interpretación de la sociedad con categorías culturales cristianas para tragar la "píldora amarga de su transformación" conlleva la radical conflictividad de una praxis de liberación: aproximación a una fracción y distanciamiento de las otras; es decir, opción por tesis políticas. Este es el segundo nivel asumido por los cristianos revolucionarios en la teología latinoamericana.

Urge desbloquearse

Nosotros, como cristianos que participamos en la Historia —Historia que es única, aunque durante mucho tiempo hemos vivido la nuestra en línea paralela—, no podemos acercarnos al proceso revolucionario de Latinoamérica llevando "nuestras cuestiones previas". Es necesario seguir el proceso como se da y desde allí reflexionar nuestra fe. Reflexión crítica desde la praxis, sobre la praxis, para la praxis. Todo esto nos llevará a enfrentarnos con dolor a los bloqueos que surgen por una ideologización de la fe; no para destruir el evangelio precisamente, sino para denunciar el maridaje de la Iglesia con la sociedad opresora en una autocrítica valiente y afirmar nuestro compromiso de fidelidad al evangelio.

El proceso de desbloqueo será lento y necesitará buena dosis de confianza. Será duro porque trae consigo una distinta manera de ver, de analizar, de transformar la realidad. Será el comienzo de una re-

volución cultural.

Sin embargo no es raro encontrar hoy espacios proféticos libres esperanzadores en la Iglesia. Ellos han entendido que el análisis de la realidad forma parte de la misma realidad.

Ellos han denunciado el bloqueo de nuestra conciencia cristiana que ha establecido el dualismo amor-odio para excluir la lucha de clases, cuando esta se nos presenta como una ley histórica puestas ciertas condiciones.

Ellos han anunciado que el amor no excluye la lucha de clases —porque lo contrario del amor no es el odio sino el desamor, es decir, la opresión—; sino que la exige, pues no se puede amar a los pobres —como clase oprimida— sin alistarse junto a ellos en su lucha de liberación.

Ellos han denunciado el bloqueo de nuestra conciencia cristiana que identifica radicalidad con extremismo, cuando la radicalidad es la opción de una vida plasma-

da por Jesús en el mismísimo evangelio y el extremismo tiene un gran parentesco con el sectarismo que, venga de derecha o de izquierda, será siempre un círculo cerrado en desesperanza.

Ellos han anunciado que la visión del pecado como un "no ser de las personas" por encima de entenderse sólo como un hecho individual es hoy un proceso social de estructuras.

Ellos, finalmente, están creando un contralenguaje fuerte para despertar a nuestra conciencia cristiana del sopor en que vive con el tranquilizador lenguaje burgués.

Junto a ellos se puede caminar con esperanza porque el proceso de liberación latinoamericana está en marcha y, como un pequeño aporte, hemos querido insinuar para su estudio, el núcleo de los bloqueos y los procesos de desbloqueo por los que "pasan" (PASCUA) los cristianos revolucionarios.

"En toda nuestra acción, nuestra meta debe ser la liberación del hombre de cualquier forma de servidumbre que lo oprima: la falta de recursos mínimos y de alfabetización, el peso de las estructuras sociológicas que le quitan su responsabilidad en la vida, la concepción materialista de la existencia. Deesamos que todos nuestros esfuerzos confluyan hacia la construcción de una sociedad, en la que el pueblo sea integrado con todos sus derechos de igualdad y libertad, no solamente políticos, sino también económicos, culturales y religiosos".

(Carta de Río, Mayo 1968).

"Nuestro apostolado, inspirado en este espíritu realmente universal y evangélico, suscitará reacciones inevitables: no las provocaremos nosotros con actitudes partidistas, pero continuaremos en la predicación del evangelio de los pobres, cualesquiera que fueran estas reacciones".

"Respecto a la educación, a la que estimamos como uno de los más destacados factores del cambio social, afirmamos la urgencia de que nuestros colegios y universidades acepten su papel de agentes activos de la integración y la justicia social en A. L. El desarrollo de todos no será posible sin la educación integral de todos". (Ibidem).